



Hagamos propósito de hacer obras de caridad, «no a los rincones, sino en mitad de las ocasiones»

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Hemos venido a los ejercicios a encontrar la gracia que nos tiene reservada Jesucristo, quizás esperemos un poco más de fe, que nos vendría bien, porque la mayoría de las verdades de fe, con las que tratamos todos los días no se ven. Quizás un poco más de esperanza, porque son tiempos recios y parece que vamos a perecer en la tormenta. O quizás necesitemos un poco más de caridad con los hermanos, nos vendría bien, la caridad fraterna, que tantas veces brilla por su ausencia.

Es verdad que los que son más santos fallan menos en esto, solemos fallar más los más frívolos, porque no es caridad fraterna los amigotes, que nos apoyan en pecar y nos dan la razón. Cuando no se reza, es más difícil acudir en ayuda de los hermanos, como notaba Santa Teresa:

«Yo lo miro con advertencia en algunas personas (que muchas no las hay por nuestros pecados), que mientras más adelante estén en la oración, más acuden a las necesidades de los prójimos, en especial a las de las almas, que por sacar una de pecado mortal parece daría muchas vidas» (Conceptos del amor de Dios 7,8).

Pero también los más espirituales, a veces dejan esta tarea sin hacer:

«Cuando yo veo almas muy encapotadas cuando están en la oración, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no, obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella, y si tiene algún dolor, te duela a ti, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello, y que si vieres loar mucho a una persona te alegres más mucho que si te loasen a ti» (5Moradas 3,11).

Con palabras de San Juan de la cruz: «*Donde no hay amor, pon amor y sacarás amor*». Debe ser una fraternidad entre hermanos que se vea desde fuera.

«Aquí, hijas mías, se ha de ver el amor, que no a los rincones, sino en mitad de las ocasiones. Y creedme que, aunque haya más faltas y aun algunas pequeñas quiebras, que sin comparación es mayor ganancia nuestra» (Fundaciones 5,15).

Es la virtud principal, y de la que se nos va a examinar. En San Mateo: «*Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus Ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria, y pondrá a los buenos a la derecha, los malos a la izquierda y todos serán juzgados sobre el amor*» (Mt 25,31ss). San Juan de la Cruz dirá también: «*A la tarde te examinarán del amor*» (Dichos de luz y amor. 64).



Qué grande es la influencia profunda, discreta, de los cristianos empeñados en ser perfectos. Estos son verdaderos entrenadores en el camino de la santidad, y del apostolado; todo el mundo les sigue. Son almas poderosas y radiantes a las cuales nunca se acerca uno sin sentir que se hace mejor. Por el contrario, qué responsabilidad contra la caridad la de aquel que es destructor de la paz, propagador del mal espíritu. Donde está la caridad está Dios. Debemos estar todos unidos en Cristo. En Él alegrarnos y estremecernos de alegría y amando al Dios vivo. Y con un corazón sincero amémonos mucho los unos a los otros. Miembros de un único y mismo cuerpo, temamos el separarnos. Nada de palabras amargas, nada de disputas malignas, y en medio de nosotros permanezca siempre Jesús, Nuestro Señor. «¡Oh, qué bueno, qué dulce habitar los hermanos todos juntos!» (Sal 132,1). Que la caridad, que desea San Pablo a los Tesalonicenses, pueda, en fin, con la gracia de Dios, crecer cada día y abundar cada vez más en todos los corazones. «En cuanto a vosotros, que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos, como es nuestro amor para con vosotros» (1Tes 3,12). Juan XXIII: «para que le quieran a Él, nos tiene que querer a nosotros». Obras, caridad, amor, despertarse a esto aconsejaba la Santa.

«Sólo quiero que estéis advertidas que, para aprovechar mucho en este camino y subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y así lo que más os despertare a amar, eso haced» (4Moradas 1,7).

Durante un tiempo [...] la Santa vivía dispersa, en un estado de tibieza sin remedio, en medio de distracciones por meterse en las ocasiones, se conformaba con «*ir tirando*», cumplir las normas de la casa pero ni un paso más, como la mayoría, y aparentar lo que no vivía en su interior, situación también muy peligrosa. «*Me contentaba con andar como los muchos*», rezar lo que estaba obligado y quedarse en las buenas apariencias. Una pena. Ella era consciente, y por eso mismo se entristecía y lloraba, pero al no evitarlas, seguía sin poder cambiar. En desolación continua.

Seguía dividida entre Dios y el mundo. Hace también referencia a las amistades que trataba, pero no se enmendaba.

«Me acordaba los regalos que el Señor me hacía en la oración..., y veía cuán mal se lo pagaba, no lo podía sufrir, y enojábame en extremo de las muchas lágrimas que por la culpa lloraba, cuando veía mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones ni fatiga en que me veía para no tornar a caer en poniéndome en la ocasión. Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones y en los confesores, que me ayudaban poco; que, a decirme en el peligro que andaba y que tenía obligación a no traer aquellos tratos» (Vida 6,4).

San Ignacio en la regla novena (E.E. no 322) dice: «*las causas principales por las que nos hallamos desolados, la primera es por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales, y así por nuestras faltas se aleja la consolación espiritual de nosotros*». Es para tomarlo muy en cuenta ahora en los ejercicios.

Poco a poco este estado va cegando la conciencia del cristiano y de continuo se quiere excusar y tapar las propias faltas, incluso llegando a juzgarse falsamente, y a considerar, como leves, faltas graves, sin ver la gravedad de las imprudencias en las que culpablemente se mete. Cuando se toma



en serio la vida espiritual, si no se pone un gran empeño en evitar a las personas que nos hacen recaer, en evitar las situaciones que nos ponen en esta disposición y que conocemos por experiencias anteriores, y si no evitamos los lugares relacionados con el pecado, no nos extrañe que no hagamos nada en orden a la santificación, a la conversión, es más, que estemos incluso retrocediendo bastante.

«Mirad, por amor de Dios, si queréis ganar este temor de Dios, que va mucho entender cuán grave cosa es ofensa de Dios y tratarlo en vuestros pensamientos muy ordinario..., es menester andar siempre con mucho, mucho cuidado, y apartarnos de todas las ocasiones y compañías que no nos ayuden a llegarnos más a Dios. Huir de donde hubiere pláticas que no sean de Dios» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 41,4).

No nos engañemos, esta es una razón, por la cual muchos no progresan nada en la vida espiritual. Y esto no lo quería Dios ni para esta monja que vivía sin evitar ocasiones, ni lo puede querer para nosotros, sabiendo que espera lo contrario, porque además de huir de las ocasiones de pecado, debemos hacer todo lo posible para alejar el peligro.

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!